

palabras—definitivas — garrapatear al pie...» «En este minuto —único—en que voy a franquear...» Y así. El otro es el uso y abuso del arcaísmo «diz»; agravado en una ocasión (pág. 79; La Cruz en el agua), con un pleonasma: «Diz que una vez esto acaeció, cuentan que animada de...» Y quizá deberíamos también atrevernos a hacerle observar al autor el uso incorrecto del adjetivo «inconsútil», que por ahí emplea modificando a la niebla. ¿Qué se entiende por una niebla sin costura...? Aunque, estas licencias están ahora tan de moda en la modernísima estética, que tiende hacia la nada, sin excluir la hoja de parra!... Pero, sinceramente, choca en un escritor como éste, que tiene bastante paño que coser..

Con el que esperamos ver confeccionados otros libros, tan buenos como éste.—Gmo. *Koenenkampf*.

#### UN ESPICITOR RUSO, *Vsevolod Ivanov*.

En los comienzos de la dictadura proletaria, en Rusia, se proscribieron implacablemente de las bibliotecas populares, no sólo los libros de los escritores de esencia aristocrática como Turguenev y Tolstoy sino también los de Dostoyewski. Esta actitud de los ideólogos de la revolución se oponía, justamente a la de los autócratas del Imperio que habían perseguido los libros de los escritores que de un modo u otro exaltaban el contenido rebelde del alma eslava. Como se ve, posiciones intelectuales diversas.

Cada una aspiraba a formar una conciencia determinada de acuerdo con sus especiales modos de sentir el problema de las ideas. Pero había una singular contradicción en el espíritu revolucionario de los bocheviques; perseguían las obras impresas de Turguenev y, en cambio, en la biblioteca de Leningrado, nadie había osado tocar los manuscritos del autor de *Nido de Nobles* y allí estaban junto a los manuscritos de *Ana Karenine*, expuestos a la silenciosa y conmovida adoración de los devotos de esos grandes escritores. Más tarde se supo que Lenin no podía pasarse sin releer, a diario, algunas páginas de Tolstoy. Lo cierto es que el fanatismo agresivo de una y otra tendencia—la autocrática como la bolchevique—se había distanciado de la única cumbre en la que hubiera podido respirar un aire puro, incontaminado: el arte. Ha evolucionado la ideología de los revolucionarios, puesto que hoy los escritores de la Rusia soviética elogian a muchos de los escritores exilados y algunos de entre ellos, han dedicado ensayos y aun biografías noveladas al escritor del siglo XIX, Lermontof, autor de *Un héroe de nuestro tiempo* y uno de los románticos más finos de la literatura rusa. Las estadísticas de las bibliotecas señalan, además, el gran aumento de lectores que piden obras de Tolstoy. Turguenev, Dostoyewski, Puskin, etc. Es decir de los proscritos de hace poco, cuyas obras fueron colocadas en el index por los primeros revolucionarios.

Los escritores de la Rusia nueva

no desdeñan el análisis. Son admirables enfocadores de la revolución en todos sus aspectos. A pesar de la censura que impone la revisión de los originales, muchos libros han pasado libres bajo las horcas caudinas. En ocasiones la prueba no es sino una mera fórmula; pero ha ocurrido, en otras, que una vez publicados los libros, el soviet los ha declarado peligrosos y los autores han debido retractarse públicamente. Los libros circulan, sin embargo, y son traducidos a todos los idiomas. Trabados muchos por el oficialismo, dejan escapar por entre las junturas acerbas censuras contra algunos procedimientos y costumbres. En *El Diario de Kostia-Riasev*, por ejemplo, se hace un minucioso análisis crítico de los procedimientos educacionales del soviet. Capítulos ásperos, sombríos, de la vida proletaria, aparecen en la novela *El Cemento*, de Gladkow. Y como todos los escritores de la Rusia nueva son realistas, observadores escrupulosos y penetrantes de las costumbres, nada escapa a la energía de su examen.

Los escritores rusos están abocados a un mundo nuevo, en medio de una temperatura oscilante entre grupos de razas, cuyas reacciones se convierten en tumultuosas tragedias. A veces violencias inusitadas atraviesan como disparos las páginas de sus libros. Copian la vida desgrarrada, las formas incoherentes, la agonía de tribus sociales que intentan defenderse por entre el ritmo feroz de la nueva marcha. La fe y el escepticismo caminan juntos. Cuando se deciden a ser ironis-

tas, logran los efectos más extraños: avanzan sin sonrisa por medio de la más dura realidad y de pronto regresan como a un sitio de olvido, a un misticismo conmovedor que baña en una onda de compasión, la pobreza y el abandono de los humildes, sean hombres, bestias o cosas. Como la gran mayoría de estos escritores ha surgido de la masa proletaria, los interiores que describen son pobres, las almas desnudas, los instintos siempre alertas. En Vsevolod Ivanov, autor de *El tren blindado* hay una mezcla de realidad y de misticismo. Pero más fuerte aquélla que éste. Ivanov arrastró una vida aventurera y difícil. En un libro reciente *Campesinos y Bandidos* (1), cuenta el autor en tres capítulos admirables por su sobriedad, por su sencillez y fuerza emotiva la niñez, adolescencia y los comienzos de su carrera de escritor.

Ni una sola nota ruborosa para describir la intimidad. Está cumpliendo una tarea sin trascendencia. Narra su vida de niño y las disputas con su padre como si contara la cosa más natural del mundo. Luego sus errancias penosas por las aldeas y caminos de la Siberia. Una vez clown, después fakir, más tarde tipógrafo. Conoce los secretos de la existencia nómada. Su padre era tan aventurero como él, y como él un autodidacta. Pero desde luego, que gran maestra, la vida para ese escritor que Gorki descubre alborozado y le alienta en el ca-

---

(1) Ediciones Nosotros, M.adrid. 1931

mino. El estímulo de Gorki lo salva de rodar para siempre al abismo. La revolución bolchevique lo sorprende en un pueblo de Siberia. Perseguido por el ejército blanco, corre día y noche a través de los bosques, sintiendo a su espalda, el ruido de los pasos que le persiguen. Entonces comienza su existencia errante por las estepas, a través de los arenales, cruzando las dunas y las helguerras esteparias del Gobi. Incorporado a una caravana de gente que huye, días y días camina por la arena, entre matorrales, en medio de la tribu de los kirguíses, que odian a los rusos. Su espíritu despierta a la realidad terrible de las persecuciones. No hay fuerza humana que pueda librarlos de la muerte, sino tienen energías para continuar huyendo. En las carretas gimientes los niños hipan de hambre. Tumbados en el camino van quedando hombres y bestias, cansados ya de caminar. Nadie puede detenerse y la suerte de los que allí son abandonados está escrita en los círculos negros y amplios de los buitres de pechugas hirsutas, que se ciernen junto a los postes del telégrafo.

En todas las narraciones que componen este libro emocionante, palpita la siniestra actitud de la vida en los confines lejanos de Rusia. Ivanov no predica ni condena, como otros escritores soviéticos. Se limita a mostrar la realidad viva en sus violencias y en sus pasiones instintivas. A veces se le escapan notas de fuerte sabor soviético. Las abandona lue-

go. Más que todo es un artista que extrae, de la realidad cuadros y temas magníficos, por entre los que pasan siluetas magistralmente pintadas de bandidos y mujeres que arrastran una existencia penosa entre aventureros y revolucionarios. El nexo con las doctrinas nuevas está en las costumbres, en el tono de violencia, en la forma libre de vida, pues hasta esos parajes remotos la revolución ha hecho llegar sus marejadas.—  
*Domingo Melfi.*

## CRITICA

PANOPAMA DE LA LITERATURA CHILENA DURANTE EL SIGLO XX.—  
por *Alone.*

La literatura chilena carece hasta hoy de un panorama donde se presenten los problemas y se analicen los escritores con un criterio humano y social.

No basta mostrar a los intelectuales en grandes o pequeños grupos, de un modo arbitrario y personalista. No bastan las rápidas biografías, acompañadas de alusiones menudas y de insignificantes acotaciones.

Todos esperaron por mucho tiempo y siguen esperando un libro donde nuestra literatura resulte la expresión de su significado verdadero. Así se verá la razón del romanticismo y su alcance político. Así se entenderá a Bilbao, a Santiago Arcos, a Eusebio Lillo, a Guillermo Blest Gana, a Soffia.